

**SENTIDOS DEL LUGAR E IMAGINARIOS.
UN ACERCAMIENTO CONCEPTUAL A LOS REFERENTES DE LEGIBILIDAD
DE LOS PUEBLOS MÁGICOS**

Manuela Guillen Lugigo

mguillen@sociales.uson.mx

Blanca A. Valenzuela

blancav@sociales.uson.mx

Martha Elena Jaime Rodríguez

marthaj@sociales.uson.mx

Universidad de Sonora

Introducción

El programa Pueblos Mágicos se deriva de una política pública que pretende dar impulso a las localidades con atractivos turísticos para fomentar el turismo bajo la idea de que éste – como actividad redituable- ayudará a generar mayor gasto en beneficio de las comunidades receptoras.

Para la Secretaría de Turismo, el Programa Pueblos Mágicos “contribuye a revalorar a un conjunto de poblaciones del país que siempre han estado en el imaginario colectivo de la nación en su conjunto y que representan alternativas frescas y diferentes para los visitantes nacionales y extranjeros” (www.sectur.gob.mx). Se reconoce como *pueblo mágico*, aquella localidad caracterizada por atributos simbólicos, leyendas, historia, hechos

trascendentales y cotidianidad que le imprimen *magia* que emana de sus manifestaciones socio culturales y que suponen un “nicho de oportunidad” para su aprovechamiento con fines turístico.

Entre los objetivos del programa se enfatiza el propósito de estructurar una oferta turística innovadora y original que atienda la demanda de cultura, tradiciones, aventura y deporte extremo en escenarios naturales, así como también la demanda de la cotidianidad única de la vida rural. Se parte de la idea de que el impulso y consolidación de las localidades con atractivos turísticos fomentarán flujos turísticos que generarán mayor gasto en beneficio de las comunidades receptoras, la creación o modernización de negocios turísticos locales para que las comunidades receptoras aprovechen y se beneficien del turismo como actividad redituable como opción de negocio, de trabajo y de forma de vida.

Se pretende, pues, que el turismo local se constituya en herramienta para el desarrollo sustentable de las localidades incorporadas al programa. Asimismo, se enfatiza que las repercusiones del programa rebasan el mejoramiento de la imagen urbana y que éstas se inscriben en “la necesidad de conjuntar esfuerzos para convertirlos en detonadores de la economía local y regional” bajo el argumento de que el turismo produce resultados importantes en comunidades de fuerza cultural y entornos urbanos naturales de gran impacto (www.sectur.gob.mx).

Si como plantea Eloy Méndez (2008), a este lado del planeta, las ciudades del turismo “ofrecen un panorama de extremos inconciliables” porque en ellas pueden reconocerse “dos esferas sociales polarizadas en espacios físicos adyacentes e interdependientes”; una configurada por el turismo que consume tiempo de ocio y la otra por una realidad en la que coexisten la realización de prácticas que merman los recursos naturales, la disolución de lazos de cohesión local y un patrón de distribución de la riqueza que profundiza las desigualdades sociales, hay razones de peso para pensar que este

proyecto turístico de nuevo cuño (el de Pueblos Mágicos) se implanta en un entorno socio espacial multiforme y contradictorio que tiene implicaciones –igualmente contradictorias– en la configuración de las ciudades turísticas de nuestro tiempo.

Tal y como ocurre con el fenómeno del turismo en lo general, el estudio y comprensión del proceso turistificador (y sus múltiples implicaciones) en las localidades tipificadas como “pueblos mágicos”, requiere de aproximaciones caleidoscópicas que hagan posible diversas lecturas de un lienzo que se teje con hilos de modernidad y posmodernidad; de un lienzo en el que se superponen materialidad y simbolización. Sin duda que las intervenciones e innovaciones promovidas por el programa Pueblos Mágicos, tiene implicaciones (y efectos) no sólo en la dimensión física de las localidades sino en las subjetividades de los actores sociales que las viven. Una de tantas lecturas posibles es el imaginario social que se macera en la imbricada relación entre lo físico y lo simbólico, entre la materialidad pre existente de las localidades y el montaje turístico, entre la realidad vivida y la realidad imaginada. A nuestro juicio, una de tantas vías para acercarnos al estudio del imaginario social es la identificación de los *sentidos del lugar*. Ello en virtud de que este constructo hace referencia a la dimensión material y simbólica del espacio físico que se vive, se significa y se representa. Antes de abordar la noción *sentidos del lugar* y el camino para acceder a él, valgan las siguientes apreciaciones preliminares.

Cuando nos referimos al espacio urbano habitado como *espacio sociofísico*, esto es como ámbito en el que se entrecruzan características físicas, posiciones, percepciones y significados socio culturales, habría que considerar también que estos elementos se articulan en base a los significados espaciales, por los que el espacio urbano se convierte en lugar (Valera 2009). En palabras de Oliva y Camarero (2002, 69), “el lugar [el espacio habitado] es portador de significados y el espacio adquiere en él forma de territorio *semantizado*, como tal se vive, usa y percibe”, por lo que desde un enfoque analítico éste puede ser visto “como *texto* que puede ser leído a través de los sentidos otorgados al mismo” (Ibid.).

Aunque el espacio urbano –en tanto *lugar*- puede ser visto como una localización concreta de determinadas dimensiones, los lugares no solo son una localización particular, sino que tienen rasgos peculiares a través de los cuales son identificados y se les atribuyen valores, por lo que son objeto de construcción simbólica (Lindón 2007).

Entendido el lugar como una “construcción social”, el conjunto de significados asociados al mismo constituye un producto de la interacción entre los grupos que se encuentran implicados y el propio espacio (Bourdieu 1999, 98). Esto es, que la composición, la estructura y las dinámicas sociales de un grupo influyen en la atribución de significados a un lugar determinado. Por su parte, este puede simbolizar el estatus social de los grupos asociados a determinado entorno. Siguiendo a Valera (1999), hemos de aclarar que consideramos el entorno como un producto social, donde la distinción entre el medio físico y el medio social tiende a desaparecer. Así, el entorno pasa a ser un elemento más de la interacción y no sólo el escenario de ésta. No se trata, pues, del marco físico donde se desarrolla la conducta sino que se traduce en “un verdadero diálogo simbólico en el cual el espacio transmite a los individuos unos determinados significados socialmente elaborados y éstos interpretan y reelaboran estos significados en un proceso de reconstrucción que enriquece a ambas partes” (Valera 1999, 79).

El lugar, sin embargo, es un producto inacabado cuyos significados evolucionan a la vez que lo hace el grupo asociado a la (s) categoría (s) que el espacio simbólico representa, de ahí que la perspectiva temporal adquiera un papel fundamental en la determinación del valor simbólico asociado a un determinado lugar (Ibid., 98). En virtud de que la dimensión física del entorno es básica para el sentido de identidad y continuidad, para los sentimientos de conexión con el pasado y con el futuro, se ha planteado que esta es una “encarnación del tiempo”¹. La construcción social del espacio urbano constituye, por tanto, un proceso de

¹ A ello se refiere Sergi Valera (1999, 49), cuando alude al planteamiento de Lynch (1990).

configuraciones y re-configuraciones, en el que han de considerarse, para su explicación, los significados (sentidos) que los agentes sociales le imprimen.

Cuando se indagan empíricamente las representaciones del lugar, es frecuente encontrar que tales representaciones se enmarcan en una dimensión tridimensional², o en lo que se ha denominado la “trialectica” espacial donde lo físico, lo social y lo imaginario se fusionan³. Esta multi-referencialidad confirma la estrecha relación entre las dimensiones física, social y simbólica en los sentidos del lugar; asunto ampliamente tratado en las ciencias sociales⁴. Como refiere Pierre Bourdieu (1999, 119-120), en su noción de espacio social, los agentes sociales se constituyen como tales en y por la relación con un espacio social y con las cosas, en tanto se apropian de ellas y las asumen como propiedades y como referentes simbólicos.

Hechas las anteriores acotaciones diremos que el presente trabajo tiene el propósito de reflexionar en torno a la noción *sentidos del lugar* y las implicaciones de este constructo, en la explicación de los procesos de construcción social del espacio urbano. Es decir, nuestro interés es incorporar esta noción como herramienta analítica y operativa para analizar la relación entre la configuración espacial y la simbólica social de los imaginarios en los Pueblos Mágicos.

Un acercamiento a la noción *sentidos del lugar*

Cuando nos referimos a la noción *sentidos del lugar* aludimos a los significados que los agentes sociales atribuyen al lugar y a la experiencia en él desplegada, en su sentido más

² Hemos encontrado este tipo de evidencias en un estudio que realizamos en dos barrios precarios de la periferia urbana de Hermosillo. Véase Guillén (2012) *Reconfiguración productiva, crecimiento urbano e identidades. Representaciones sociales de los pobres de la periferia urbana en una ciudad del norte de México*, Madrid: Editorial Académica Española. ISBN 978-3-8484-5610-9.

³ Véase Soja (1996), citado por Oliva y Camarero (2002, 70).

⁴ La relación entre el espacio físico habitado y las connotaciones sociales y simbólicas asociadas a él ha sido tratada en diferentes campos disciplinarios como la Psicología (Milgram 1984, Proshansky et al. 1983, Lalli 1988), la geografía humanista (Tuan, 1980; Relph, 1976; Buttimer 1980), la Sociología (Lefebvre, 1986; Soja, 1996; Park, 1925; Berger y Luckmann, 1986; Bourdieu, 1999 y 2000; Oliva y Camarero, 2002), entre otros.

amplio. Esto es, los significados atribuidos en la doble dialéctica entre el espacio y la vida social: el lugar como productor de representaciones sociales y éstas, a su vez, como elementos que juegan un importante papel en la reconfiguración del lugar. Parafraseando a Alicia Lindón (2007, 10), diremos que se trata de un proceso en el que el lugar es un productor de lo social pero al mismo tiempo constituye un producto social merced a la dialéctica entre formas espaciales y sentidos del lugar; esto es, entre la materialidad del espacio y la subjetividad humana en su imbricada concatenación. Además, recuperamos la noción del par conceptual lugar/espacio vivido⁵ como construcción social vinculado a la lógica del movimiento, como tensión constante entre permanencia y cambio que puede operar en distintas escalas espacio temporales; cambio(s) o permanencia(s) que pueden darse tanto en las formas materiales como en los sentidos del lugar (Ibid.).

Si, como plantean Oliva y Camarero (2002, 68) -cuando abordan la relación entre espacio y representaciones sociales- “el espacio solo parece convertirse en lugar, cuando adquiere sentido para alguien”, el espacio vivido constituye un ámbito de sentido(s) porque el lugar es portador de significados y, asimismo, producto de éstos. En tanto que portador de significados es experimentado, usado y percibido por los agentes sociales y puede asumir distintas significaciones, dependiendo de los diversos referentes que operan como significantes en la simbólica social; por ello se habla de sentidos del lugar en plural.

Los *sentidos del lugar*, como elemento del espacio vivido y como formulación conceptual, tienen importantes implicaciones no solo en la construcción social del espacio urbano, sino en los itinerarios metodológicos para su estudio y en la explicación de muchos de los fenómenos urbanos. Tanto en las ciencias sociales como en la corriente del humanismo geográfico, esta concepción del lugar ha aportado fructíferos análisis que han permitido tender puentes conceptuales entre las nociones de espacio, espacio vivido, lugar y sentidos del lugar, así como diálogos inter (y trans) disciplinarios en el estudio de los

⁵ Dos perspectivas analíticas en las que se borda el lugar en tanto que espacio vivido se encuentran en las obras de Edward Relph (1976) y Marc Augé (1992 y 1997).

fenómenos (socio) espaciales. Una evidencia de ello, de acuerdo con el planteamiento de Alicia Lindón, cuando sigue la huella argumental de algunos geógrafos humanistas⁶ (2007, 8), se refiere a la ‘mudanza’ conceptual que ha tenido lugar entre los geógrafos, en las últimas tres décadas, lo que ha implicado proximidades conceptuales entre esta disciplina y las ciencias sociales, a partir del “replanteamiento del concepto de espacio (*space*) en el de lugar (*place*) y en el de espacio vivido (*espace vécu*), y también por otorgarle centralidad a la experiencia espacial”. En este viraje conceptual se incorporan nuevas perspectivas conceptuales para explicar los fenómenos espaciales y se trasciende la perspectiva material de los mismos al incorporar relaciones tales como “el intercambio simbólico y recíproco entre la gente y los lugares [...] o bien, la convergencia de la subjetividad y la intersubjetividad con la materialidad de los lugares, o la articulación de lo subjetivo y lo objetivo” (Lindón 2007, 9).

Llegados a este punto cabría preguntarse ¿qué papel juegan los sentidos del lugar en la construcción social del espacio urbano? Aunque esta pregunta admite diversas respuestas, dependiendo del campo disciplinario desde el que se problematicen las distintas aristas de los fenómenos urbanos, a nuestro juicio constituyen elementos vinculantes entre los agentes sociales y los ámbitos espaciales en los que transcurre su experiencia social, ya sea como símbolos de identificación o como símbolos de diferenciación, ambos identitarios. Al respecto, coincidimos con Sergi Valera, cuando plantea lo siguiente:

“...si consideramos que una de las categorizaciones que configura la identidad social de un individuo o de un grupo es la que se deriva del sentido de pertenencia a un entorno, parece correcto pensar que los mecanismos de apropiación del espacio aparecen como fundamentales para este proceso de identificación. Sea a través de la acción-transformación o bien de la identificación simbólica, el espacio se convierte en lugar, es decir, se vuelve significativo. El mecanismo de apropiación facilita el

⁶ Butti-mer & Seamon, 1980; Buttimer, 1976; Ley, 1978; Olsson, 1980; 1991; Bailly, 1989, Harley, 2005; Minca, 2002; entre otros.

diálogo entre los individuos y su entorno en una relación dinámica de interacción, ya que se fundamenta en un doble proceso: el individuo se apropia del espacio transformándolo física o simbólicamente y, al mismo tiempo, incorpora a su *self* determinadas cogniciones, afectos, sentimientos o actitudes relacionadas con el espacio que resultan parte fundamental de su propia definición como individuo, de su identidad del *self*” (Valera 1999, 85).

Pero también, los sentidos del lugar constituyen ámbitos de sentido donde lo imaginario adquiere una específica concreción del deseo, del lugar imaginado que traduce el espacio real en múltiples posibilidades de transformación que operan como “anclas” entre lo material y lo simbólico. Los sentidos del lugar “construyen” el lugar; sin ellos el espacio urbano se reduce a distancias entre determinados puntos, a paisaje natural originario. Los sentidos del lugar “producen lugares” en el espacio urbano, pero también los reproducen y los transforman; de ahí su centralidad en las configuraciones urbanas. Una misma demarcación espacial puede ser significada de forma relativamente homogénea por los distintos agentes sociales en ella distribuidos, o de múltiples formas. El mismo referente significativo puede asumir diversas connotaciones, de tal manera que la construcción social del espacio urbano se cifre, simultáneamente, en proximidades y distancias simbólicas de importantes implicaciones para la convivencia social. Ello, sin duda, tiene también implicaciones en las formas de construir y vivir la ciudad.

El acceso a los sentidos del lugar

Hechas las anteriores consideraciones ya planteadas, es pertinente la definición de una ruta para acceder a la identificación, análisis e interpretación de los sentidos del lugar. Uno de los presupuestos de la corriente constructivista (en la que se asienta la concepción e la construcción social del espacio urbano) es que lo que conocemos y creemos se manifiesta a través del lenguaje con el que entendemos y transmitimos nuestras percepciones del mundo (Lindón 2007, 6). En esta perspectiva, “cuando se habla –en el mundo compartido

con los otros- se crea la realidad. Por eso, un mismo fenómeno, una misma realidad, puede ser construida de diferentes formas en función de distintos puntos de vista” (Ibid.).

De ahí que, para acceder a los sentidos del lugar, habría que considerar a las expresiones verbales como *expresiones objeto*. Dado que las expresiones verbales constituyen actos, éstas producen objetos (frases, obras literarias, etc.) que pueden ser separadas del acto expresivo y traducidas en objeto de recopilación, comparación, clasificación, a fin de establecer su *virtualidad* en relación con el sistema expresivo a que pertenecen. En tanto *expresiones objeto* -o en tanto *textos*- las expresiones verbales pueden ser leídas e interpretadas. Ello en virtud de que un texto se encuentra articulado a partir de *referentes* y *referencias*. En el caso de los significados, captados a través de las expresiones verbales, se trataría de llegar a las profundidades de la subjetividad; esto es a los referentes externos implicados (y valorados) en las referencias.

O dicho de otra manera, si, por un lado, se parte de que la actividad narrativa de los miembros de una colectividad es una forma de expresar pensamientos, emociones, representaciones de sucesos, y de reflexionar sobre ellos; y por otro lado, que ésta resulta fundamental en la representación de un ‘yo’, de un ‘otro’ y de una sociedad’ (Pachs 2000, 297), entonces una de las vías para acceder al significado de las acciones es la narratividad, como forma expresiva del lenguaje verbal, dado que forma parte del medio de expresión ‘más poderoso’ por el que la subjetividad del sujeto se manifiesta ante sí mismo y ante los demás. Por ello se ha planteado que las narrativas suministran el indicio más directo y revelador de la estructura de la subjetividad y del sentido de las acciones (Ibid., 178), dado que son un elemento constitutivo de estas últimas.

La importancia de la narrativa para acceder a los significados que los agentes sociales producen se sustenta en la dialéctica discurso-sociedad. Esto es, que si bien el discurso es un producto social, éste a su vez “produce a la sociedad”. Con lo que puede decirse que en la narrativa (o el discurso) se traslucen tanto las configuraciones sociales en

el fluir de la historia, como el conjunto de representaciones sobre ellas, de relaciones e identidades.

Esta dialéctica del discurso, se encuentra en el planteamiento de Paul Ricoeur (2001, 98) cuando, siguiendo a Benveniste, afirma que no sólo se trata de actos del habla, o locutivos -lo que se dice-, sino de actos ilocutivos, lo que uno hace al decir (una promesa, una orden, una constatación, etc.), con lo que habría que considerar que todo discurso se produce como acontecimiento pero sólo se comprende como *sentido*. Y ello porque, precisamente, se trata tanto de actos concretos por los que la lengua se actualiza en habla por un locutor, como de la intención de discurso.

El significado es solamente la contrapartida del significante -una diferencia en el sistema de la lengua-, la intención es lo que el locutor quiere decir a través del discurso (Ibid.). Mientras que el signo solamente remite a otros signos dentro del sistema del lenguaje, el discurso remite a las cosas, 'el discurso se refiere al mundo'⁷. Ricoeur incorpora la noción de *referencia*, como elemento constitutivo del discurso, también como fenómeno dialéctico: la referencia a la realidad (porque en el discurso se alude a una situación, experiencia, es decir a lo extralingüístico) y la referencia al locutor (los pronombres personales, los tiempos verbales, por ejemplo, son auto-designativos). Pero también, de acuerdo a la perspectiva de este autor, el lenguaje es inevitablemente metafórico. Aunque habría que agregar que no es sólo eso, en las figuras metafóricas contenidas en el lenguaje se condensan relaciones entre las cosas, formas de entender y pensar el mundo, expresiones que pueden ser vistas como una de tantas formas de acceder a la subjetividad.

Lakkof & Jonson (1991), se han ocupado también del estudio de las metáforas contenidas en el lenguaje. En la perspectiva de estos autores, orientada fundamentalmente al estudio de las metáforas en la vida cotidiana, éstas son entendidas como entidades que

⁷ Ibid.: p. 286.

proveen un marco experiencial en el que se acomodan los conceptos abstractos, organizados de tal manera que permiten fundamentar la experiencia física de los individuos y su relación con el mundo externo (Ibid., 39).

Por otro lado, el planteamiento de Antonio Paoli (2002, 177), resulta interesante para acceder a los significados que se maceran en la subjetividad de los agentes sociales. Este autor propone el concepto de *ámbito de sentido* (delimitado por un contexto de legitimidad específico) como instrumento teórico metodológico para una sociología de la percepción del mundo social.

Un *ámbito de sentido* presupone formas de apropiación del tiempo y del espacio, orientados intencionalmente hacia formas de experimentar, entender, juzgar y decidir. Presupone, además, la captación de regularidades sucesivas y contrapuntos en escenarios específicos, cuyos ritmos tienden a regularizarse como rutinas vividas en cada tipo de *ámbito de sentido* (Ibid.). En esta perspectiva, *referencia*, *referente* y *metáfora*, acotadas en *ámbitos de sentido* abren puertas para la interpretación y análisis de los significados implicados en los sentidos del lugar.

A manera de corolario

No pretendemos concluir un tema que se encuentra abierto en la discusión de quienes estamos interesados en el estudio e interpretación de los fenómenos urbanos; a saber, cómo es que se construye (y reconstruye) el espacio urbano, mediado por los sentidos y representaciones del lugar. Sin embargo, a manera de corolario abierto, nos parece importante hacer las siguientes acotaciones:

- La noción clásica del espacio urbano, centrada en la materialidad del espacio, limita las posibilidades de explicación de los procesos que en él se configuran.

- La subjetividad de los agentes sociales, situados en tiempo y espacio, juega un papel importante en la construcción del espacio urbano y ésta es producto del interjuego, concatenación y yuxtaposición de elementos materiales y simbólicos.
- Los entornos turísticos de nuevo cuño, como los llamados *Pueblos Mágicos* constituyen ámbitos en los que la materialidad del espacio y los imaginarios se imbrican de múltiples formas, algunas de ellas contradictorias.
- Estos entornos son producto de la confluencia de lógicas simultáneas de permanencia y cambio, en cuya vorágine se construyen los sentidos del lugar, los cuales se expresan a través de los imaginarios.
- Los sentidos del lugar constituyen referentes para la legibilidad de los imaginarios.
- La expresión más evidente de los sentidos del lugar es el lenguaje. A través de éste es posible captar los sentidos atribuidos tanto a las formas espaciales como los imaginarios, en los que se maceran las representaciones y las posibilidades de transformación material y simbólica.

Bibliografía

Augé, Marc. 1992. *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

_____ 1997. *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*. Barcelona: Gedisa.

Bailly, Antoine Sylvain. 1989. Lo imaginario espacial y la geografía: En defensa de la geografía de las representaciones. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* (9): 11-19.

Berger, Peter y Luckmann, Thomas. 1986. *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Bourdieu, Pierre. 1999. *La miseria del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.

_____ 2000. *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

- Buttimer, Anne y David Seamon. 1980. *The human experience of space and place*. New York: St. Martin Press.
- Buttimer, Anne. 1976. Grasping the dynamism of lifeworld. *Annals of the American Geographers*. 2 (66): 277-292.
- Lalli, Marco. 1988. Urban Identity. *Enviromental Social Psychology* (45): 303-311.
- Ley, David. 1978. Social geography and social action. En *Humanistic geography: Prospects and problems*, editado por David Ley y M. Samuels, 41-57. Londres: Croom-Helm.
- Guillén, Manuela. 2012. *Reconfiguración productiva, crecimiento urbano e identidades. Representaciones sociales de los pobres de la periferia urbana en una ciudad del norte de México*. Madrid: Editorial Académica Española.
- _____ 2011. Sentidos del lugar y valores territoriales: percepciones del espacio público en una zona de segregación urbana en el norte de México. *Comunitania* (2): 68-79. Versión electrónica en <http://www.comunitania.com>
- Harley, John Brian. 2005. *La nueva naturaleza de los mapas*. México: FCE.
- Lefebvre, Henri. 1986. *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- Lindón, Alicia. 2007. El constructivismo geográfico y las aproximaciones cualitativas. *Revista de Geografía Norte Grande* (37): 5-21.
- Méndez, Eloy. 2008. Imaginario del lugar. *Topofilia I (1)*: <http://topofilia.net/mendez.html> (20/10/2008).

Milgram, Stanley. 1984. Cities as Social Representations. En *Social Representations*, editado por S. Moscovici y R. Farr, 289-309. Cambridge: Cambridge University Press.

Oliva, Jesús. y Luis A. Camarero. 2002. *Paisajes sociales y metáforas del lugar*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra.

Olsson, Gunnar. 1980. *Birds in egg/eggs in bird*. London: Pion.

_____ 1991. *Lines of power/Limits of language*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Pachs, E. 2000. Narrativa. En *El discurso como estructura y proceso*, Tomo I. Compilado por Teun A. Van Dijk, 271-303. Barcelona: Gedisa.

Paoli, Antonio. 2002. *Comunicación y juego simbólico*. México: Umbral.

Park, Robert, et al. 1925. *The City*. Chicago: University of Chicago Press.

Proshansky, Harold et al. 1983. Place-identity: Physical world socialization of the self. *Journal of Environmental Psychology* (3): 57-83.

Programa Pueblos Mágicos. www.sectur.gob.mx (12/05/2012).

Relph, Eduard. 1976. *Place and Placelessness*. Londres: Pion.

Ricoeur, Paul. 2001. *La metáfora viva*. Madrid: Ediciones Cristiandad.

Soja, Eduard. 1996. *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Oxford: Blackwell.

Sánchez Pérez, Francisco y María Cátedra. 1990. *La liturgia del espacio*. Madrid:
Nerea.

Tuan, Yi- Fu. 1980. Rootedness versus Sense of Place. *Landscape* (24): 3-8.

Valera, Sergi. 1999. El significado social del espacio: estudio de la identidad social
y los aspectos simbólicos del espacio urbano desde la psicología ambiental. *Revista de
Psicología Universitaria Tarraconensis* (18): 63-84.